

## 1º MENCIÓN

### REDENCIÓN

José Alfonso

Mascando el acullico, montado en su burrito serrano marcha el colla Ñaspe hacia las sierras. Apura con destemplados gritos el paso del animal pues la tarde se va yendo y procura llegar a su choza antes de la noche.

Lleva el amplio sombrero echado hacia atrás dejando al descubierto la estrecha frente, siempre arrugada en un gesto de disgusto o desprecio. Agita continuamente sus brazos, ya para castigar al animal o arrancar, al paso, trozos de matas silvestres que luego arroja con gesto huraño.

Ñaspe no es poeta, su vida rústica y el alcohol que ha bebido con exceso le hace decir disparates e imprecaciones imaginando versos que más bien grita que canta.

Le trae el eco su misma voz repetida por los flancos de los cerros y eso lo irrita, lanzando denuestos contra quien osa imitar su arte. Castiga al paciente burrito con una vara que ha recogido al paso, procurando alejarse de sí mismo y en la soledad serrana suenan sus destemplados gritos que el eco magnifica.

Viene el colla del pueblo que está allá abajo y resuena todavía en sus oídos el bullicio de las romerías y el paso de la procesión de la virgen serrana, pero se resiste a la actitud de quienes ha visto marchar tras la imagen cantando plegarias o de rodillas al paso de la misma.

Sin embargo el colla ha sentido una fuerza extraña que lo impulsó a cantar versos aprendidos en su niñez y ha seguido a la virgen con respeto. Ahora siente desprecio por todo aquello y ríe mezclando su canto con insultos para la virgen y palabras despectivas para sus paisanos.

Ñaspe llega al sendero que lo lleva a su casa, perdida en un monte de algarrobos. Va cayendo la tarde y las primeras sombras del anochecer envuelven la quebrada pintando sobre los picos cercanos un mosaico de tonalidades rosadas que, a poco, va esfumándose. La negra mole de los cerros contrasta con el cielo, iluminado por las últimas luces.

Más seguro de sí mismo, ante la proximidad del hogar y sus apriscos, arrecia en sus gritos y queda luego escuchando el eco, que vuela de uno a otro confín, hasta perderse en la soledad del paisaje; ríe de su gracia, que repite una y otra vez.

Suenan en el profundo silencio de la quebrada los sonidos tristes de una quena, transformando la agreste soledad del lugar en amplio escenario musical de singular acústica.

La nostalgia expresada envuelve al valle de un algo místico que apaga los ruidos del campo y llega a las almas volcando en ellas su serenidad y placer estético a la vez.

Cautivado por la música Ñaspe, aunque se resiste, siente un ahogo en su garganta y lo invade una extraña emoción.

Cerca del lugar, la Pachamama se levanta entre malezas a un costado del camino, y allí se dirige Ñaspe pronunciando rezos extraños.

Con profunda emoción deja el acullico al pie de la figura sagrada. Lo conmueve el ancestral sonido de la quena, preñado de recuerdos de su infancia, y también él, a la par de quienes ha visto en la procesión, siente penetrar en su alma la presencia de Dios.